

EL DESAMPARO DE JUAN MELÉNDEZ VALDÉS. POESÍAS E IDEAS DE UN ILUSTRADO

THE FAITHFULNESS OF JUAN MELENDEZ VALDES. POETRY AND IDEAS OF AN ILLUSTRATED

Miguel Ángel Lama Hernández

Universidad de Extremadura

RESUMEN: “El desamparo de Juan Meléndez Valdés” quiere ser un recorrido por la biografía y las obras de Juan Meléndez Valdés (1754-1817) para demostrar, por un lado, la vigencia de muchas de sus ideas, su modernidad y el interés histórico-literario de sus propuestas estéticas. Su vicisitud al final de sus días fue parecida a la que pocos años antes tocó en suerte al también poeta Nicasio Álvarez de Cienfuegos, con analogías inquietantes con la salida de España y la muerte en Francia de otro gran poeta como Antonio Machado. Textos como “A la mañana, en mi desamparo y orfandad” preanuncian la soledad y el dolor romántico del sujeto poético construido por el autor de Ribera.

Palabras clave: Meléndez Valdés, Ilustración, Nicasio Álvarez de Cienfuegos, literatura y soledad, exilio.

SUMMARY: “The helplessness of Juan Meléndez Valdés” wants to be a journey through the biography and works of Juan Meléndez Valdés (1754-1817) to demonstrate, on the one hand, the validity of many of his ideas, his modernity and the historical-literary interest of his aesthetic proposals. His vicissitude at the end of his days was similar to the one that a few years before played in luck to the poet Nicasio Álvarez de Cienfuegos, with disturbing analogies with the departure from Spain and the death in France of another great poet like Antonio Machado. Texts like “In the morning, in my helplessness and orphanage” preannounce the loneliness and romantic pain of the poetic subject constructed by the author of Ribera.

Keywords: Meléndez Valdés, Illustration, Nicasio Álvarez de Cienfuegos, literature and solitude, exile

**JUAN MELÉNDEZ VALDÉS Y SU TIEMPO EN TIERRA DE BARROS EN EL
BICENTENARIO DE SU MUERTE (1817-2017)**
IX Jornadas de Historia de Almendralejo y Tierra de Barros
**Almendralejo, Asociación Histórica de Almendralejo, 2018, pp. 77-86. ISBN: 978-
84-09-05708-5**

I

Lo primero que se me vino a la cabeza cuando Carmen Fernández-Daza, vicepresidenta de la Asociación Histórica de Almendralejo, me invitó a participar en estas IX Jornadas de Historia de Almendralejo y Tierra de Barros, fue volver a incidir en una sola idea de reparación de un nombre. El del extremeño de Ribera del Fresno Juan Meléndez Valdés (1754-1817). Y quizá sea inexacto hablar de reparación sobre una figura de nuestra historia literaria que ha sido de las más estudiadas fuera y dentro de España, que ha sido —después de los fabulistas Iriarte y Samaniego— el poeta más editado de todos los del siglo XVIII.

Agradezco a la Asociación Histórica de Almendralejo, a su presidente, Francisco Zarandieta, que haya contado conmigo; y espero cumplir con sus expectativas con esta elemental manera de aproximarme a la personalidad literaria de Meléndez en el año en que se cumple el segundo centenario de su muerte en mayo de 1817. Ya lo he dicho: “su muerte”. El final desastroso de una vida jalonada por unas circunstancias que se me antojan determinantes en la configuración de buena parte de su dedicación literaria. De su poesía y de sus ideas. Esto, su poesía, sus ideas, y un sentimiento de desamparo como situación agravante, lo he querido llevar al título de mi intervención esta mañana aquí, en Ribera del Fresno.

“Aquí”, sí. Y permitidme el excurso. Es la tercera vez que hablo sobre Meléndez Valdés en Ribera, en su lugar de nacimiento. Y ésta es la ocasión más coincidente con una fecha, los doscientos años de su muerte que conmemoramos en 2017. La primera vez estuve aquí la tarde que se inauguró el busto de Meléndez Valdés, en compañía del escritor Bernardo Víctor Carande, hace ya bastantes años, fue en agosto de 1988. Hace casi treinta años. La segunda vez fue para dar una charla sobre el poeta de Ribera invitado por el grupo de Izquierda Unida a una Semana Cultural, en abril de 1998, diez años después. He dicho que es la tercera vez que hablo sobre Meléndez en Ribera; pero, para ser exactos, es la cuarta vez que vengo a Ribera para hablar sobre su hijo ilustre. Pues hubo una tercera el fatídico 11-M de 2004 que, por pura justicia y lógica, eclipsó la conmemoración de los doscientos cincuenta años exactos del nacimiento del escritor, el 11 de marzo de 1754. Sigue siendo justo, a pesar del tiempo transcurrido, recordar a las víctimas que iban apareciendo esa mañana a medida que uno recorría kilómetros por carretera desde Cáceres hasta aquí, hasta Ribera del Fresno, y escuchaba en la radio del coche las noticias que venían de la Estación de Atocha.

Así, pues, en esta tercera o cuarta vez que me veo en este lugar con la honorable excusa que representa la figura de Meléndez Valdés, cuya colosal dimensión humana e intelectual anula cualquier intento de rescate, y convierte la iniciativa de las IX Jornadas de Historia de Almendralejo y Tierra de Barros, con este cierre en su pueblo natal, en un justo acto conmemorativo y confirmativo de la importancia que para muchos lectores, para muchos estudiosos han tenido Meléndez Valdés y su obra.

Basta con repasar la atención que la figura de este escritor extremeño ha despertado en la historia de la crítica desde su propio tiempo hasta nuestros días. Por citar ejemplos más cercanos, mencionaré los nombres del poeta Pedro Salinas, uno de los sensibles divulgadores de la importancia del autor de Ribera, de Antonio Rodríguez-Moñino, como siempre, fundamental en el rescate de textos inéditos de la mejor literatura española, de Francisco Tomás y Valiente, el querido profesor asesinado por ETA, que destacó la trascendencia de Meléndez en la historia del Derecho Penal, de los hispanistas Rinaldo Froldi, Russell P. Sebold, John Polt, o Jorge Demerson, su principal valedor y el punto de referencia para todo interesado en la figura del ilustrado de Extremadura. Nuevas generaciones de estudiosos se han volcado sobre la figura de nuestro autor, nuevos nombres, como los de Philip Deacon, Emilio Palacios —editor de sus *Obras completas* en la Biblioteca Castro de Ediciones Turner y coordinador que fue de la página *web* sobre Meléndez en la *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*— recientemente fallecido, Antonio Astorgano, biógrafo del poeta, afanoso investigador... Una lista muy larga. Una lista que confirma que no descubrimos nada, que, simplemente —y no es poco—, contribuimos a ampliar el conocimiento de un autor y a poner las bases para que se desvelen nuevos datos, claves nuevas para una mejor comprensión de nuestra historia a través del autor de los *Discursos forenses*, entre los que se encuentra el que sirvió para la apertura en abril de 1791 de la Audiencia de Extremadura, un ejemplo de progresismo, pues aquella pieza oratoria, escrita por el poeta de

Ribera, aunque pronunciada por el Regente, don Arias Mon y Velarde, creo que hoy, salvadas las distancias y las circunstancias, sería suscrita por cualquier programa político progresista.

En el ideario de Meléndez Valdés referido a la administración de justicia es patente esa postura a través de unas cuantas propuestas: la suavización de la condición del delincuente en la cárcel (hoy sigue siendo polémica una cuestión como ésta, y habría que ver la postura de Meléndez —yo la deduzco— en temas tan espinosos y actuales como los permisos carcelarios o el acercamiento de los presos etarras a sus lugares de origen); hacer un castigo más análogo con la ofensa; abolir la tortura; arbitrar justas indemnizaciones para los reos condenados por error.

Pero igualmente vigentes parecen otros planteamientos de Meléndez Valdés referidos al fomento de la región extremeña, hacia el que debía mirar la función de la nueva Audiencia de Cáceres en aquella su inauguración en 1791, y que corresponderían a varias competencias de las diferentes carteras ministeriales o de consejerías de un gobierno, desde la agricultura o el medio ambiente, hasta la educación o las obras públicas: sustituir los montes y malezas espantosas por tierras cultivadas con que alimentar a los nuevos pobladores; encauzar los ríos para alimentar las tierras, poniendo fin a los daños causados por las aguas incontroladas —este noviembre hemos recordado aquel hecho trágico de la Riada de Badajoz, hace ahora veinte años—; facilitar la instrucción de la juventud campesina; fomentar la educación con la creación de escuelas para los niños, y de estudios y colegios para la juventud; establecer casas de corrección en donde poder recoger a los delincuentes, y no cárceles que abismen al individuo a la imposibilidad de la reinserción; y, por último, en 1791, mejorar las comunicaciones entre las poblaciones para un mejor desarrollo de la región. Qué decir sobre esto después de la manifestación de ayer en Madrid reclamando un tren digno dos siglos y pico después de aquellas palabras de Meléndez Valdés.

Meléndez, en fin, fue el autor de *Las bodas de Camacho*, obra teatral, de sus numerosas poesías, algunas determinantes para la formación poética de las generaciones siguientes, de *Los besos de amor*, ejemplo singular de la poesía erótica dieciochesca, etc. Al extremeño le tocó un momento apasionante como el último tercio del siglo de la Ilustración; pero también el más convulso de los primeros años del siglo XIX. Y a una porción pequeña de ese contexto literario y vital voy a referirme en la parte central de mi intervención.

II. El desamparo del poeta y su fastidio universal

Decía al principio para justificar el título de esta ponencia encabezada por la palabra “desamparo” —que define el DRAE como la acción de “abandonar, dejar sin amparo ni favor a alguien o algo que lo pide o necesita”—, que las vicisitudes desgraciadas de una vida honesta y entregada al trabajo y a la literatura tuvieron que ser determinantes para la configuración de buena parte de la dedicación literaria de Meléndez Valdés.

En efecto, quienes han recorrido —como Demerson o Astorgano— la biografía de Batilo han destacado la impresión que en la vida del magistrado poeta tuvieron que dejar algunos hechos desgraciados, la pérdida de seres queridos, y, posteriormente, la persecución, los abusos de poder que sufrió y el destierro, que fueron desgarrando la personalidad de nuestro autor. Ese desgarrar se personalizó primeramente en doña María de los Ángeles Díaz Cacho, su madre, en junio de 1761, cuando el niño Juan tenía siete años. En 1774, en agosto, muere don Juan Antonio Meléndez, su padre, y al poeta, que tenía veinte años, le queda como único asidero precisamente su hermano Esteban (1742-1777); pero pronto, poco menos de tres años después, Meléndez Valdés recibe la trágica noticia de la enfermedad gravísima de su hermano. El 14 de abril de 1777 el poeta escribe a su amigo Jovellanos comunicándole la difícil situación y su partida hacia Segovia para acompañar al moribundo en su lecho: “él me ha criado, a él debo las semillas primeras de la virtud, y muertos ya mis padres a él sólo tengo en su lugar, y él sólo es capaz de suplir en alguna manera su falta”, escribe en aquella carta. El 4 de junio moría Esteban, dejando el alma de su hermano “enflaquecida de tanto sentimiento”, como dirá a Fray Diego Tadeo González en carta poco posterior a aquel suceso infeliz. Esteban murió a los 35 años y tenía doce años más que Juan, un estudiante de Derecho en Salamanca de veintitrés años.

En 1778 escribe estos versos de la elegía “La muerte de mi hermano don Esteban”:

En una noche, ¡ay de mí!, perdí mis padres
y en otra, ¡ay... ay! mi malogrado hermano,

mi consuelo, y mi padre, y mi esperanza,
y mi postrer amparo, y norte y guía.
¡Oh, golpes duros a acabar conmigo
bastantes, tristes, dolorosos golpes...!
¡Oh, falta, cruda falta...! ¿A cuál primero
lloraré de los tres?, ¿por cuál ahora
mis mejillas de lágrimas se inundan?
¿Cuál me arranca tan míseros gemidos?
Todos, ay, todos, y mi amor dudoso
en este punto entre los tres vacila:
del corazón iguales son las llagas,
igual es el dolor, la causa es una.

Se ha destacado, lógicamente, esta conmovedora elegía como ejemplo de ese desgarrado sentimental que recorre de principio a fin la obra —poética, principalmente— de Meléndez, y que parte de la crítica ha caracterizado como un ejemplo de un neoclasicismo que mira ya hacia el cambio estético que empieza a notarse en los últimos veinte años del siglo XVIII, cuando no un ejemplo de primer romanticismo.

Sin embargo, yo quiero recordar aquí un texto que me parece más cercano aún al hecho de la muerte de Esteban Meléndez Valdés en Segovia en junio de 1777, y que es muy demostrativo de la sentimentalidad poética de nuestro autor, que elige el molde de la oda clásica, tantas veces usada, para la expresión íntima, dolorida, de un sentir sobre una circunstancia adversa fechable, real, cuantificable, diría. Se trata de la Oda XXIV “A la mañana, en mi desamparo y orfandad”, que mereció la atención del gran experto melendeciano, el hispanista, profesor en la Universidad de California, John H. R. Polt.²¹⁸

A propósito de este poema, me adelanto a lo que será el final de mi intervención, para decir que Meléndez Valdés se referirá a esta oda en una carta a Jovellanos de 16 de enero de 1778 en la que le habla de “la canción a que dio motivo un desvelo mío de algunas noches mientras estuve en Segovia el verano pasado”, es decir, en junio de 1777, cuando muere su hermano Esteban.

Meléndez se refiere al poema como “canción”, que es, en efecto, como figura en un manuscrito autógrafo conservado en la Biblioteca Nacional que se titula “Canción de un infeliz que sin haber dormido toda una noche se queja del vecino día”. El poema dice así, si seguimos la versión impresa más difundida a partir de la edición de las *Poesías* de 1797:

ODA XXIV

A la mañana, en mi desamparo y orfandad

Entre nubes de nácar la mañana,
de aljófares regando el mustio suelo,
asoma por oriente,
las mejillas de grana,
de luz candente el transparente velo,
y muy más pura que el jazmín la frente.
Con su albor no consiente
que de la opaca noche el triste manto
ni su escuadra de fúlgidos luceros
la tierra envuelva en ceguedad y espanto,
mas con pasos ligeros,
la luz divina y pura dilatando,
los va al ocaso umbrífero lanzando;
y en el diáfano cielo, coronada
de rutilantes rayos, vencedora
se desliza corriendo.
Con la llama rosada
que en torno lanza, el bajo mundo dora,
a cada cosa su color volviendo.

²¹⁸ John H. R. Polt, *Batilo: Estudios sobre la evolución estilística de Meléndez Valdés*, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII y University of California Press, (Textos y Estudios del Siglo XVIII, 15), 1987, págs. 296-307, en el apartado “Oda XXIV, *A la mañana, en mi desamparo y orfandad*”.

El campo, recogiendo
el alegre rocío de las flores,
del hielo de la noche desmayadas,
tributa al almo cielo mil olores;
las aves acordadas
el cántico le entonan variado
que su eterno Hacedor les ha enseñado.
En el ejido el labrador en tanto
los vigorosos brazos sacudiendo
a su afán se dispone;
y entre sencillo canto,
ora el ferrado trillo revolviendo
las granadas espigas descompone,
o en alto montón pone
las mies dorada que a sus trojes lleve,
o en presto giro la levanta al viento
que el grano purgue de la arista leve,
con su suerte contento,
mientras los turbulentos ciudadanos
libres se entregan a cuidados vanos.
Yo sólo, ¡miserable! a quien el cielo
tan gravemente aflige, con la aurora
no siento ¡ay! alegría,
sino más desconsuelo,
que en la callada noche al menos llora
sola su inmenso mal el alma mía,
atendiéndome pía
la luna los gemidos lastimeros,
que a un mísero la luz siempre fue odiosa.
Vuelve, pues, rodeada de luceros,
oh noche pavorosa,
que el mundo corrompido ¡ay! no merece
le cuente un infeliz lo que él padece.
Tú con tu manto fúnebre, sembrado
de brillantes antorchas, entretienes
los ojos cuidadosos
y al mundo fatigado
en alto sueño silenciosa tienes.
Mientras velan los pechos amorosos,
los tristes, sólo ansiosos,
cual estoy yo, de lágrimas y quejas,
para mejor llorar te solicitan;
y cuando en blanda soledad los dejas,
sus ansias depositan
en tí, oh piadosa noche; y sus gemidos
de Dios tal vez merecen ser oídos.
Que tú en tus negras alas los levantas
y con clemente fervoroso vuelo
vas y ante el solio santo
los rindes a sus plantas,
de allí trayendo un celestial consuelo
que ledo temple el más amargo llanto,
aunque el fiero quebranto
que este mi tierno corazón devora,
por más que entre mil ansias te lo cuento,
por más que el cielo mi dolor implora,
no amaina, no, el tormento,
ni yo ¡ay! puedo cesar en mi gemido,
huérfano, joven, solo y desvalido.
Mientras tú, amiga noche, los mortales

regalas con el bálsamo precioso
de tu süave sueño,
yo corro de mis males
la lamentable suma; y congojoso
de miseria en miseria me despeño,
cual el que en triste ensueño
de alta cima rodando al suelo baja,
que en mis ojos, de lágrimas cubiertos,
su amoroso rocío jamás cuaja,
siempre en mi daño abiertos.
Quiérote empero más, oh noche umbría,
que la enojosa luz del triste día.

“De miseria en miseria me despeño” leemos en el verso 84; “huérfano, joven, solo y desvalido”, hemos leído en el verso 78, como expresión brillante de un sentimiento sincero que para Polt es “la queja de 'un infeliz'” en un poema que es “el reflejo de un dolor genuino —en otras palabras, una poesía “sincera”— lo que no quita que en su elaboración el poeta haya combinado con gran felicidad la forma y el fondo. Las tres primeras estrofas las dedica a la descripción de la mañana; las tres últimas, a la invocación de la noche; y la central, al asunto central del poema, su propia intimidad dolorosa. Esta estrofa central empieza con las palabras que en cierto sentido resumen todo el poema: “Yo solo, miserable”, y acaban con esa magnífica expresión del dolor romántico —no cabe otra designación— que sesenta años más tarde hubiera podido brotar de la pluma de un Espronceda —dice John H. R. Polt—, pero que en 1777 ya condensa no sólo el sufrimiento exacerbado, sino también la barrera que este sufrimiento impone entre el yo y el universo, y la superioridad moral que en su aislamiento adquiere el que así sufre: “que el mundo corrompido ¡ay! no merece / le diga un infeliz lo que padece”. Frente a aquel *Yo* de la estrofa central, las finales comienzan cada una con un *tú*, el único *tú* que en su aislamiento le queda al poeta, la noche”.²¹⁹

Dan ganas de comentar verso a verso, para sentir lo que sentía Meléndez al escribir el poema atravesado por el dolor por la pérdida de un hermano sustituto de un padre; pero no hay tiempo.

La evolución estilística y de concepto que se observa en la poesía de Meléndez Valdés, desde la publicación del primer tomo de sus *Poesías* en 1785 hasta la póstuma de 1820 al cuidado de Martín Fernández de Navarrete a partir de las cuidadosas indicaciones dejadas por el desgraciado Meléndez Valdés, no solo se explica por la asunción de determinados moldes estéticos, por lecturas e influjos, sino por la persistencia en su vida de una especie de destino fatal que le persiguió y que pudo radicalizar su manera de estar en el mundo, su dolor romántico, desde la oda XXIV a la que me he referido hasta aquella elegía que escribirá unos dieciséis años después en la que observamos otra de las grandes aportaciones del decir poético de Meléndez Valdés.

Meléndez Valdés se convierte en testimonio fundamental para revisar el tan cacareado retraso de España con respecto a Europa en la irrupción de las nuevas ideas atribuidas al romanticismo. Volvió a ser un hispanista extranjero, en este caso norteamericano, como Russell P. Sebold, quien tuvo que llamar la atención sobre los valores de una época y la falsedad de ese retraso de España.²²⁰

Porque nuestro Batilo va a ser el escritor que mejor exprese en un sintagma el dolor romántico; lo que los franceses llamaron *mal du siècle*²²¹ o los alemanes *weltschmerz* (*welt*,

²¹⁹ John H. R. Polt, *Batilo: Estudios sobre la evolución estilística de Meléndez Valdés*, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII y University of California Press, (Textos y Estudios del Siglo XVIII, 15), 1987, págs. 299-300.

²²⁰ Russell P. Sebold, “Sobre el nombre español del dolor romántico”, en *El rapto de la mente. Poética y poesía dieciochescas*. Madrid, Prensa Española, 1970, págs. 123-137. Reeditado en Barcelona, Anthropos, Editorial del Hombre, 1989, págs. 157-169. El artículo se publicó por vez primera en 1968, en la revista *Ínsula*, 264 (noviembre 1968), págs., 1, 4 y 5.

²²¹ La frase *mal du siècle* está documentada por vez primera en el prólogo que Sainte-Beuve escribió para la edición de 1833 del *Obermann* de Senancour, aunque no deja de ser una frase casual: “Ce mot d'ennui, pris dans l'acception la plus générale et la plus philosophique, est le trait distinctif et le mal d'Obermann; ça été en partie le *mal du siècle*”, siguiendo a Sebold.

universal; *schmerz*, dolor),²²² Meléndez Valdés lo llama *fastidio universal* en un poema fechado como de antes de junio de 1794 y que es su elegía *A Jovino: el melancólico*. Es decir, cincuenta y tres años antes que los alemanes bauticen el dolor romántico, y treinta y nueve años antes que los franceses. El término de Meléndez Valdés funde lo exterior con lo interior, lo personal con lo universal; lo personal se proyecta sobre lo ambiental, el fastidio, que es lo propio, se proyecta en el universo.

Tenemos, pues, en un autor extremeño una figura que se nos presenta como hito esencial en la historia de las ideas estéticas y la relectura y reinterpretación de un momento literario como el romanticismo.

Ese componente romántico es el del fastidio universal, el del pesimismo sombrío, la desolación y el desamparo. Acompañado de una base fundamental de clasicidad. Los que llegaron luego, Nicasio Álvarez de Cienfuegos o Espronceda, lo acompañarán de otras formas más radicales; pero, sin duda, Meléndez fue, en esto, también un adelantado.

III. Final

Quiero terminar mi intervención con otro excursus, aunque desde la lectura de Meléndez Valdés, y de la poesía dieciochesca, que, en alguna ocasión, he introducido en clase con alusiones y comentarios a un poema moderno, de finales del siglo XX que puede ser tomado como ejemplo de la recepción y fortuna de la poesía de nuestros poetas del siglo XVIII.

Me refiero a un conocido poema de Luis García Montero titulado “El insomnio de Jovellanos”, que pertenece a su libro *Habitaciones separadas*, que fue premio Fundación Loewe de poesía en 1994 y posteriormente Premio Nacional.²²³

El fondo histórico-literario del poema lo encontramos aludido en el título, por la mención de Jovellanos, y en la localización y data del epígrafe, “Castillo de Bellver, 1 de abril de 1808”, que nos da la clave para la comprensión del texto.

Efectivamente, García Montero escribe un poema como si fuese una reflexión o meditación de Gaspar Melchor de Jovellanos, el escritor ilustrado, nacido en Gijón el 5 de enero de 1744 y muerto en 1811.

Resulta muy llamativo el paralelismo vital y literario que puede establecerse entre el escritor asturiano y nuestro Meléndez Valdés. Ambos tuvieron bastante relación, como demuestran sus epistolarios. Del medio centenar de cartas de Meléndez Valdés que conocemos, más de la mitad, treinta y una misivas, están dirigidas a Jovellanos, desde 1776 a 1798, expresivas de una relación de décadas, ininterrumpida hasta que ambos, como señaló Antonio Astorgano, “perseguidos, exiliados y observados por la Inquisición, se vieron en la necesidad de guardar silencio”²²⁴

A Jovellanos dedicará Meléndez una de sus epístolas en verso más celebradas, la *Epístola II*, y ya he mencionado aquí el poema *A Jovino: el melancólico*. Con Jovellanos coincidirá Meléndez Valdés desde febrero hasta agosto de 1798 en Madrid, el primero como Ministro de Gracia y Justicia y el extremeño como Fiscal de la Sala de Alcalde de Casa y Corte; incluso ambos se verán unidos en la desgracia provocada por las insidias del mismo personaje, el ministro José Antonio Caballero. Éste estuvo implicado en el episodio que contextualiza el poema de Luis García Montero, que sería otro ejemplo que sumar a este paralelismo que estoy trazando muy

²²² La invención —dice Sebold— del vocablo *weltschmerz* se atribuye a Jean Paul Friedrich Richter, en su *Selina, o sobre la inmortalidad*, de 1810; luego lo usa Heine en 1831 en su ensayo sobre la pintura al describir un cuadro de Delaroche, y también, dotándola de pleno sentido, Julian Schmidt en su *Geschichte der Romantik*, de 1847.

²²³ Luis García Montero, *Habitaciones separadas*. Madrid, Visor Libros y Fundación Loewe (Col. Visor de Poesía, CCCXVI), 1994, págs. 72-74.

²²⁴ Antonio Astorgano Abajo, *Don Juan Meléndez Valdés. El ilustrado*, Badajoz, Departamento de Publicaciones Diputación Provincial de Badajoz (Col. Biografías, 18), 2007, 2ª edición corregida y aumentada, pág. 313. Puede verse también el trabajo de Rosalía Fernández Cabezon, “Las poesías de Meléndez Valdés dedicadas a Jovellanos”, en Jesús Cañas Murillo, Miguel Ángel Lama y José Roso Díaz, eds., *Juan Meléndez Valdés y su tiempo (1754-1817)*. Mérida, Editora Regional de Extremadura (Col. Estudio, 27), 2005, págs. 201-213.

superficialmente. En 1801 Jovellanos, que residía en Gijón como Consejero de Estado, después de su efímero mandato como Ministro —ocho meses—, es arrestado y conducido a Mallorca, a raíz del proceso instruido por el regente de Oviedo Andrés Lausaca, pero instigado por Caballero. En Mallorca será apartado de todo en la Cartuja de Valldemosa, y luego, ahondando en su desgracia, es trasladado en mayo de 1802 al Castillo de Bellver, en calidad de prisionero, con prohibición de leer y de escribir. Hasta el 22 de marzo de 1808 —que es el entorno de la fecha a la que alude el epígrafe del poema— permanecerá Jovellanos en prisión. Jovellanos muere en noviembre de 1811, y sufre hasta el final infortunios unidos a las circunstancias políticas de la España del momento. Igual que los últimos años de Juan Meléndez Valdés, desde 1813 a 1817.

El poema de García Montero alude, pues, a una circunstancia concreta, la prisión de un Jovellanos de sesenta y cuatro años —le quedaban tres años y unos meses de vida— en el Castillo de Bellver. Sin situar esta circunstancia es difícil captar el sentido del poema, aunque, como toda obra literaria, tendrá una significación propia por su mismo contenido.²²⁵

García Montero, siendo fiel a la ambientación dieciochesca del poema, introduce en el verso 29 un guiño literario, que establece la conexión con nuestro poeta, con Meléndez Valdés, cuya oda filosófica “El invierno es el tiempo de la meditación” se hace presente aquí, estableciéndose una mágica —y trágica también— relación entre la desgracia del gran Gaspar Melchor de Jovellanos y el desamparo del gran Meléndez Valdés. Esa relación es la que he querido destacar a partir de un texto moderno que evoca a los escritores ilustrados y con la que quiero terminar, apoyándome en la lectura de unos admirables versos expresivos de esa correpresentación y de esa idea de libertad ilustrada.

EL INSOMNIO DE JOVELLANOS

Castillo de Bellver, 1 de abril de 1808

Porque sé que los sueños se corrompen,
he dejado los sueños.
El mar sigue moviéndose en la orilla.

Pasan las estaciones como huellas sin rumbo,
la luz inútil del invierno, 5
los veranos inútiles.
Pasa también mi sombra, se sucede
por el castillo solitario,
como la huella negra que los años y el viento
han dejado en los muros. 10
Estaciones, recuerdos de mi vida,
viene el mar y nos borra.

El mar sigue moviéndose en la noche,
cuando es sólo murmullo repetido,
una intuición lejana que se encierra en los ojos 15
y esconde en el silencio de mi celda
todas las cosas juntas,
la cobardía, el sueño, la nostalgia,
lo que vuelve a la orilla después de los naufragios.

Al filo de la luz, cuando amanece, 20
busco en el mar
y el mar es una espada
y de mis ojos salen
los barcos que han nacido de mis noches.
Unos van hacia España, 25
reino de las hogueras y las supersticiones,

²²⁵ Abordó este poema Araceli Iravedra en su artículo “Partidario de la felicidad”: el horizonte de la Ilustración en la poesía de Luis García Montero”, en *Cuadernos dieciochistas*, 11 (2010), págs. 153-175.

pasado sin futuro
que duele todavía en manos del presente.

El invierno es el tiempo de la meditación.

Otros barcos navegan a las costas de Francia, 30
allí donde los sueños se corrompen
como una flor pisada,
donde la libertad
fue la rosa de todos los patíbulos
y la fruta más bella se hizo amarga en la boca. 35

El verano es el tiempo de la meditación.

Y el mar sigue moviéndose. Yo busco
un tiempo mío entre dos olas,
ese mundo flexible de la orilla,
que retiene los pasos un momento, 40
nada más que un momento,
entre la realidad y sus fronteras.

Lo sé,
meditaciones tristes de cautivo...,
no sabría negarlo. 45
Prisionero y enfermo, derrotado,
lloro la ausencia de mi patria,
de mis pocos amigos,
de todo lo que amaba el corazón.

En el mismo horizonte 50
del que surgen los días y la luz
que acaricia los pinos y calienta mi celda,
surgen también la noche y los naufragios.
Mis días y mis noches son el tiempo
de la meditación. 55

Porque sé que los sueños se corrompen
he dejado los sueños,
pero cierro los ojos y el mar sigue moviéndose
y con él mi deseo 60
y puedo imaginarme
mi libertad, las costas del Cantábrico,
los pasos que se alargan en la playa
o la conversación de dos amigos.

Allí,
rozadas por el agua, 65
escribiré mis huellas en la arena.
Van a durar muy poco, ya lo sé,
nada más que un momento.

El mar nos cubrirá,
pero han de ser las huellas de un hombre más feliz 70
en un país más libre.